

# Don Quijote

## Y EL OPTIMISMO

El refrán—tan cargado de sabiduría como todos—asegura que lo último que se pierde es la esperanza. Con ello se da por descontado que la esperanza es una cualidad inherente a nuestra personalidad, un don que todos los humanos poseemos. Ello significa, pues, la existencia de una fundamental comunidad, de un hilillo misterioso e invisible que une a los hombres por encima de meridianos y paralelos. Cervantes—y decir Cervantes es decir Don Quijote—, que supo conocer tan bien a los hombres, hubo de poseerla en el más alto grado. Por eso en el Quijote se reconocen todos: el europeo y el americano; el hombre de ayer y el de hoy.

El dolor es un poderoso aglutinante, una rasera gigantesca que iguala a todos los hombres, pero nada les une tanto como la Fe y la Esperanza. Cervantes y Don Quijote, doloridos y vapuleados a lo largo de toda su existencia, nunca pierden la esperanza: un dolorido sentir campea en todas las páginas del libro inmortal, pero una perenne y dulce sonrisa alegra la suave tristeza: una sonrisa que nace de la esperanza, del más incontenible y confiado optimismo. Nunca ríe Don Quijote. Una sola vez alborota Sancho con sus carcajadas en la temerosa y no empezada aventura de los batanes. Pero ello no impide que la actitud de los dos héroes, sea siempre la del hombre más esperanzado y creyente. Tres salidas hace Don Quijote en busca de aventuras por el campo manchego: va «contento y alborozado», sintiéndose inmenso en la comunidad humana, su corazón recoge el amor y la caridad que inunda todo su ser para verterlo hacia fuera, para proyectarla hacia la humanidad entera. Ni en una sola ocasión espera ninguno de los dos andantes el pago inmediato de su generosidad y de sus esfuerzos: ni aun el propio Sancho—más práctico y realista—se acuerda más que en contadas ocasiones de su salario que nunca llega a cobrar: ambos saben que, inexorablemente, la justicia divina premia y castiga sin fallo ni error. Y ambos salen al mundo, sabiéndose brazo ejecutor de esa justicia eterna, sintiéndose instrumentos de una voluntad superior que les anima y fortalece. Magos y encantadores pueden tundir sus cuerpos, pero la confianza nunca decae en ellos: siempre hay una lucecita que les alumbra y sostiene: la luz de la Esperanza.

Y la esperanza siempre es alegre. No con la alegría ruidosa y alborotada de las carcajadas, sino con el sosegado regocijo, con el interior y dulce bienestar de la misión cumplida.

No; Don Quijote no es un hombre pesimista y decadente como quisieron verlo quienes eran pesimistas y decadentes. Las fibras más íntimas y cálidas de su ser vibran con su entonación más en-

